

Anarquía

y

Brea Fría

Daniel Prior Gijón

A Eva Luna; pequeña amiga, gran persona, mayor ejemplo.

I Parte

Capítulo 1: El secuestro

—¡Mirad quién ha decidido despertarse! —exclamó una voz lejana a la que siguieron algunas risotadas.

—¿Qué? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Dónde estoy para empezar? ¿Quiénes sois vosotros? —Toni estaba más que confuso.

—Es curioso. Yo iba a hacerte la misma pregunta —respondió una mujer joven pelirroja. ¿Quién eres y qué es lo último que recuerdas?

Por primera vez Toni se dio cuenta de que le convenía mirar a su alrededor. Estaba en un salón grande, había una chimenea y una reserva considerable de leña, aunque nadie había hecho fuego. Cerca de la chimenea había un mueble grande de madera. En la pared que quedaba a su izquierda, se encontraba un fregadero de cocina con un par de puertas bajo él.

La joven que le había hecho la pregunta se encontraba sentada en un sillón, y aún le estaba inquiriendo con los ojos. En un sofá, había otros tres jóvenes, un chico no muy alto aunque robusto con el pelo alborotado, una mujer rubia y delgada, con el pelo bastante largo y algo ondulado y, el que más cerca estaba de él, otro hombre increíblemente pálido y bastante alto, con ojeras pronunciadas y media melena de pelo negro azabache. Por lo que fuera intuyó que ése era el mayor de los cinco que allí se encontraban, incluyéndole a él.

Él mismo se encontraba en otro sofá. Los demás habían tenido el detalle de dejarle dormir, por lo que parecía.

La misma mujer que le había hablado le repitió la pregunta.

—Me llamo Toni, soy de Madrid, no estoy seguro de qué es lo último que recuerdo y esto me está empezando a dar miedo.

—Bien, Toni —continuó ella—, yo soy Martina pero creo que no me has entendido, necesitamos saber bastante más de ti. Quién eres, qué has estudiado, a qué te dedicas, qué es lo último que recuerdas... Todo cuenta.

—Vale, vale. Estudié Filosofía y ahora trabajo limpiando cacharros en el *office* de una cafetería. Lo último que recuerdo es que estaba yendo del trabajo a casa, y me desperté aquí, no hay más.

Todos se miraron extrañados entre sí.

—Entonces, ¿no eres científico? ¿A ti no te dieron un calambrazo? —Preguntó la joven rubia.

—No, lo siento, no entiendo por qué habría de ser científico ni mucho menos por qué deberían haberme electrocutado. ¿Y tú eres?

—Yo me llamo Raquel. Soy ingeniera genética, de Valencia, estaba terminando el doctorado. Estamos calibrando qué podemos estar haciendo aquí o quién ha podido traernos

hasta aquí o simplemente dónde narices estamos. Llegas un poco tarde a la fiesta, eso es todo, sólo estamos sorprendidos porque todos nosotros somos científicos y a todos nosotros nos electrocutaron antes de perder la consciencia.

—Vale, ¿y tú, esto, Martina? —Preguntó Toni.

—Yo soy ingeniera agrícola, de Sevilla —Toni se mordió la lengua, el acento se le seguía notando de lejos—, trabajo para un grupo empresarial que busca aumentar su producción de bienes agrícolas, como si eso existiese... El caso, a mí también me electrocutaron y me desperté aquí.

—Entonces quedáis... —Siguió Toni.

—Yo soy Alejandro —contestó con ímpetu el joven del pelo alborotado. Soy Técnico de Laboratorio, de Barcelona. Llevo varios años trabajando en varios departamentos de varios hospitales.

—Y yo soy Javi —terminó para cerrar el hombre pálido. Soy bioquímico, de Bilbao, trabajo como catedrático e investigador de la Universidad del País Vasco.

—¿Pero tú cuántos años tienes? —inquirió Martina.

—Cumpló 29 en marzo.

—Guau...

—Por cierto, eso es importante —siguió Toni, mirando a la pared. Ahí hay un calendario, junto con un bolígrafo atado a una cuerda, está puesto en el mes de febrero. Creo que podemos acordar que no nos han tenido inconscientes más de un mes, pero aun así sería interesante asegurarse de en qué día vivimos.

»Porque imagino que no soy el único al que le han quitado el móvil, ¿no?

»Bien. Propongo echar un vistazo al edificio y a los alrededores. ¿Todos a una?

Capítulo 2: Nuestro objetivo

Terminaron de inspeccionar el salón grande. Lo único que se habían dejado eran algunas mantas por entre los sillones y sofás, útiles de cocina y aceite en el armario de madera barnizada y una cocina tipo vitrocerámica blanca y cubierta muy parecida en el exterior a una lavadora, en la que tampoco habían reparado.

Desde la sala se extendía un pasillo en cada dirección. Tomaron la del mueble y vieron que ese lado del pasillo daba a dos habitaciones y unas escaleras semicirculares al fondo, echaron un vistazo dentro de cada una de ellas y vieron que cada una era similar; tenían una cama, un cuarto de baño individual y un armario con algo de ropa.

Siguieron por el otro lado del pasillo, entraron en otra habitación con una disposición muy similar a la de las dos anteriores. Prácticamente enfrente había otra puerta, sólo que en vez de ser de madera como las otras, era gris y metálica y, además, estaba cerrada con llave.

Se encaminaron a lo que parecía la puerta que daba al exterior.

¿Sabéis? —dijo Alejandro justo antes de abrirla—. Me parece muy extraño que la habitación del fondo tuviese ropa exactamente de mi talla.

—Ahora que lo dices —siguió Raquel— la habitación contigua tenía también ropa justo de mi talla...

—Esto es imposible —terminó Javi—. La mía, no sólo tenía ropa de mi talla, sino que además, algunas de las prendas eran casi idénticas a otras que he tenido en algún momento de mi vida.

—Está bastante claro —dijo Toni—, ya tenéis habitación.

—¿Y nosotros? —Preguntó Martina.

—Deberían estar en la planta de arriba. Aun así, ¿qué te parece si terminamos de echar un vistazo al exterior, ya que estamos?

—Vale.

Los cinco salieron por la puerta.

Estaban en medio de ninguna parte, aunque sí era cierto que no había ninguna barrera física que les impidiese salir de ahí si así lo desearan, sólo bosque frondoso.

—Esto es bastante impresionante —dijo Martina—. El edificio parece un monasterio medieval, pero es como si alguien lo hubiese reformado de arriba a abajo. Hay placas solares en el tejado y baterías de litio. También hay un huerto bastante cuidado y que tiene un poco de todo, mirad:

»Tenemos habas, guisantes, espárragos, cebollas, judías verdes, espinacas, acelgas, fresas, naranjas, ciruelas... Sólo con esto tenemos de sobra para nosotros cinco.

—No pretenderás que nos alimentemos a base de fruta y verdura, ¿no? —le espetó Raquel.

—Habría que verlo...

—Esperad, ¿nos hemos vuelto locos? —Dijo Alejandro—. ¿Quién ha hablado de quedarse aquí?

—Para empezar si queremos irnos igual deberíamos averiguar dónde estamos primero —contestó Toni—. Es de suponer que nos han puesto aquí por un motivo. Haya sido quien haya sido le debemos de resultar útiles por unas cosas o por otras. Además, igual hasta es interesante, ¡quién sabe!

—Ah, ¿sí, señor sabelotodo? —¿Y me puedes explicar qué pinta aquí una merendera? Y más interesante, ¿para qué queremos un pozo si el edificio cuenta con agua corriente? —Dijo señalando un pozo de piedra que había pasando el huerto.

—La merendera igual es para que comamos cuando haga buen tiempo. Y el pozo... Creo que sólo hay una forma de saberlo.

Toni se dirigió directo al pozo y los demás le siguieron. Cuando llegaron allí, algo llamó la atención de Martina, que dobló la esquina separándose del grupo.

—Esto no está bien. Nada bien. —Se fue derecha a meterse en el huerto, pasando el pozo de largo, y sin pensarlo dos veces cogió varios puñados de verduras distintas hasta tener las manos llenas.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Javi—.

—Venid —contestó, sin dejar de andar.

Los otros cuatro la siguieron.

Doblando la esquina del monasterio había un corral con más o menos una decena de gallinas, aunque parecían muy aletargadas.

—Deben de llevar mucho sin comer —dijo Martina, al tiempo que les echaba la verdura—. Creedme, pueden sernos de mucha utilidad.

—¿Podemos volver al pozo? —dijo Alejandro con impaciencia.

Hubo un momento de silencio y finalmente volvieron a él.

Se asomaron un poco dentro del pozo, pero no había forma de dislumbrar qué había en el fondo. Aun así había un mecanismo de polea, así que lo lógico era que hubiese un cubo o algo similar en el otro extremo.

Tiraron de la polea y finalmente sacaron de dentro un cubo gris metálico, con algo de agua y cinco llaves de tamaño mediano.

—Creo que está bastante claro, ¿no? —Dijo Toni.

Los cinco se dirigieron de nuevo al edificio y probaron las llaves en la puerta metálica. Se abrió.

Según se pasaba por la puerta, había varios interruptores de luz. Los encendieron todos. Las escaleras bajaban hasta una especie de sótano.

Cuando llegaron al final no podían creerlo. Alguien había dispuesto el sótano en su integridad como un laboratorio.

Había tres mesas de trabajo, disponiendo la central de lo que parecía un solo ordenador con salida a cinco pantallas.

En el resto de la sala había de todo: microscopios, pipetas, material de vidrio, una nevera, varios aparatos útiles para distintas técnicas y otros tantos material del que los dos del grupo que no eran científicos no habían oído ni hablar.

Sobre la pantalla central del ordenador había un *post-it* rosa, que rezaba, en letra de ordenador:

EGTBPKIZQCFFH.

+1, -2, +1, -3, +2...

—Vale, ¿y ahora qué? —dijo Raquel.

—No lo sé, yo todavía estoy alucinando —le siguió Alejandro.

—Dejad —dijo Martina, abriéndose paso. Cogió un bolígrafo de un cajón cercano y se puso a trastear con el trozo de papel rosa.

—¿Por qué no encendemos el ordenador sin más? —Preguntó Raquel.

—Hazlo si quieres —contestó Toni—, pero sin esa contraseña no creo que hagas nada.

Raquel encendió el ordenador y puso una mala cara al comprobar que, efectivamente, solicitaba una contraseña. Claro que no había ningún mensaje, sólo un cuadro de texto vacío.

—Madre mía... —Martina se había quedado blanca.

—¿Qué pasa? ¿Lo has descifrado? —Preguntó Javi.

—Sí...

—¿Y bien?

—“Diseño génico”.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Que sí, que sí... —Le pasó el papel.

Javi lo introdujo en el ordenador y éste dio el mensaje *Bienvenue*, para luego arrancar lo que parecía ser un sistema operativo en base Linux.

—¿Eso era...? —Dijo Javi, ya muy incrédulo.

—Francés, sí, como en *Février* —contestó Toni.

Los otros le miraron.

—El calendario, estaba en francés, me acabo de dar cuenta.

—Eso qué quiere decir, ¿qué estamos en Francia? —Preguntó Raquel.

—Si la persona que nos ha juntado aquí tiene un mínimo de decencia, eso sería lo suyo. El clima y las horas de sol concuerdan, al menos.

»De momento, ¿qué día es hoy?

Javi pinchó en el calendario.

—Según esto son las seis y veinte del domingo 17 de febrero. ¿Crees que podemos fiarnos?

—No veo por qué no. ¿Qué hay en el ordenador?

—Dame un par de minutos.

Los demás esperaron en silencio a que Javi echase un vistazo preliminar.

—Esto tiene que ser una broma.

—¿Qué ocurre?

—Recuerdas la contraseña, ¿no?

—Sí, “diseño génico”, ¿por qué?

—Vale. No tenemos conexión a Internet, pero sí lo que equivaldría a todas las enciclopedias habidas y por haber de biología, bioquímica, genética, ingeniería genética... De todo. ¿Sabes lo que es la edición genética?

—Sí, modificar el ADN de un organismo con algún fin, ¿no?

—Bien. ¿Entiendes lo que supone el concepto de “diseño génico”?

—No estoy seguro.

—Pues ya te lo digo yo, estamos hablando de la creación de organismos genéticamente nuevos.

—Te estás riendo de nosotros, ¿verdad? —Dijo por fin Raquel.

—En absoluto. Mira esto. —Javi abrió en todas las pantallas un programa con el nombre “Proyecto I – Edén”.

—Déjame ver... No, es imposible.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Dijo Toni.

—Este proyecto, Edén... Parece tecnología extraterrestre.

—¿Pero estamos hablando de algo real o es una cámara oculta? Ya no sé qué pensar, de verdad —siguió Alejandro.

—Si es una broma alguien se ha esforzado en hacer que parezca muy real. Este proyecto solo tiene mil páginas.

—¿Qué hay en el otro? —Preguntó Martina.

—Pues pone “Proyecto II – OIL-ER” —siguió Javi.

»Éste es más descabellado si cabe aún.

»Vale, creo que tengo una idea. Estoy convencido de que alguien no pudo terminar este proyecto, sea lo que sea, y de que nos ha reunido aquí para que lo hagamos en su lugar.

»También espero que estéis de acuerdo, en que hacerlo es la mejor vía de escapar de aquí, ya que, aunque no hay ninguna barrera entre este edificio y el exterior, sí estamos hablando de que quienquiera que nos ha puesto aquí lo ha hecho por medio del secuestro.

Todos asintieron.

»Y creo, que como la persona que más experiencia y conocimientos tiene en estos asuntos soy yo, debería estar yo al mando. ¿Estáis de acuerdo?

Dudaron, pero finalmente le dieron la razón.

»Bien. Toni, has dicho que eres filósofo, ¿verdad?

—Sí.

—Antes has dicho una cosa que me ha resultado muy interesante, y es que todos estamos aquí por un motivo, ¿lo mantienes?

—Sí —respondió con firmeza.

—Perfecto. ¿Por qué estudiaste Filosofía?

—La respuesta real es algo muy personal. Lo más parecido que puedo dar aquí es que quería experimentar de forma más intensa la realidad.

—¿Dirías que tu forma de entender las cosas tiende más bien a lo genérico o a lo concreto?

—A lo genérico. Y en extremo, además.

—Bien. ¿Te gustaría coordinar el trabajo?

—¡Pero qué dices, Javi! —Exclamó Alejandro.

—Te recuerdo que estoy al mando, lo hemos decidido por unanimidad, si damos pasos atrás esto se puede hacer muy largo.

Él retrocedió físicamente.

—Acepto.

—¡Pues tú dirás! —Exclamó él también dando una palmada.

—Alejandro, Raquel y tú trabajaréis en el laboratorio. Martina se encargará del mantenimiento de la finca y yo, como bien dices, coordinaré.

—Vale, ¿qué hacemos los del laboratorio?

—Creo que un buen primer paso sería hacerse una idea aproximada de la magnitud del problema. Para ello quiero que estudiéis toda la documentación y me hagáis un resumen histórico de lo que ha pasado aquí.

—¿Plazo?

—Decididlo entre vosotros.

—¿Una semana, chicos? —preguntó Javi.

—Sí —dijo Alejandro.

—Qué remedio —le siguió Raquel.

—Creo que tendremos que cenar en algún momento... ¿Te parece si nos encargamos de eso, Martina?

Ella asintió. Los dos salieron del laboratorio. Coincidieron en que les picaba demasiado la curiosidad por ver cómo serían sus habitaciones como para hacer otra cosa antes.

Subieron por las escaleras hasta la planta de arriba. Allí había dos habitaciones, sólo que daban al lado contrario que las de la planta baja, esto es, al del huerto y el pozo. Inspeccionaron primero la del fondo. Estaba claro que ésa la habían dispuesto para ella.

Pasaron también por la que quedaba, pero sólo echaron un vistazo rápido.

Se dispusieron a organizarse para preparar algo de cenar.

Capítulo 3: Investigación

Martina apareció de nuevo por la puerta con más verduras en una cesta. Entretanto, Toni había preparado la mesa plegable que se encontraba apoyada contra el fregadero enfrente de uno de los sofás, y rodeada por otros dos sillones, de modo que hubiese sitio para que cenasen los cinco.

Sin necesidad de hablar mucho, Toni cogió una sartén del armario, le echó algo de aceite de oliva y la puso en la vitrocerámica.

—Me parece que vamos a tener que comer mucha verdura mientras estemos aquí.

—Pues sí —respondió Martina—, al menos hasta que las gallinas vuelvan a dar huevos... Eso puede tardar un par de días. De todas formas habría una solución fácil para suplir esa carencia, pero creo que no os haría mucha gracia.

—¿Cuál?

—Insectos. Comer lo que da la tierra, tan fácil como eso. Cuando terminé la carrera lo sugería en todos los sitios a los que iba, pero cuando vi que eso sólo servía para que me tachasen de loca dejé de intentarlo. Es una pena, es un modelo con muchísimo potencial.

—A mí no me echaría para atrás... Pero a éstos igual sí. Mejor lo dejamos entre nosotros.

»Esto ya va estando, ¿por qué no bajas a avisarles?

Un rato más tarde Martina volvió con los tres investigadores en lo que Toni había terminado de poner la mesa. Los cuatro estaban discutiendo.

—¿Podemos sentarnos a la mesa y hablar de lo que se trate? —preguntó Toni.

Quizá movidos por el hambre más que por otra cosa todos obedecieron.

»¿Qué ha pasado?

—Una diferencia de criterio —respondió Raquel.

—¿Cuál?

—Javi está loco, Alejandro está empezando a estarlo también y yo no quiero que esto me cueste mi salud. Ya está.

—Has visto lo mismo que nosotros —contestó Javi—. Apenas hemos rasgado la superficie, pero todo lo que hemos visto es más que sólido.

—Yo no lo había visto en mi vida. Ni eso ni nada parecido.

—Lo cual no impide que sea correcto, ¿no crees?

Terminaron de comer casi en silencio. En algún punto de la conversación éste se rompió cuando Alejandro preguntó si no habría forma de conseguir pan, a lo que Toni contestó que había visto harina en el armario, y que él mismo podría encargarse de cocinarlo en el horno al día siguiente.

—En fin, yo me voy a mi habitación y mañana será otro día —dijo Raquel, al tiempo que se levantaba con sus cubiertos, se dirigía al fregadero para limpiarlos y luego ponerlos en el escurridor y finalmente salía por el pasillo.

—Tampoco es mala idea —dijo Alejandro, al ir a hacer lo mismo.

—Pues no —dijo también Toni.

Quedaron Toni y Martina en la mesa, recogieron su parte sin prisa y subieron las escaleras.

Ya arriba, se dieron las buenas noches y se dirigió cada uno a su cuarto.

Toni comprobó lo que al principio no se podía creer. Alguien había puesto junto a su armario una barrica de madera de unos treinta litros y dos jarras de medio litro más o menos. Levantó la tapa y se percató enseguida de que aquello era hidromiel, como la que solía hacer cuando se fue de casa de sus padres.

Se desvistió, encontró un pijama en el armario y se dirigió con él al baño. Pensó que ya se ducharía al día siguiente, que por esa noche ya bastaba con lavarse un poco y asegurarse de que salía agua caliente. Y así era.

Se miró al espejo, tenía su media melena castaña más o menos bien peinada y su barba de un mes arreglada. Buscó cuchillas de afeitar, pero sólo encontró unas tijeras de peluquero en su lugar. “No me harán falta”, pensó.

Empezó a secarse. A sus 26 años tenía unos saludables 95 kilos de peso para su metro noventa de estatura. El último año haciendo deporte le había hecho muchísimo bien a su físico.

Se puso el pijama, llenó una de las jarras con la hidromiel y se dispuso a bebérsela con toda la calma del mundo en el borde de su cama.

Al día siguiente, le despertó el sonido del corral, algo antes de que amaneciera. Buscó ropa, se duchó y bajó a la sala común. Allí preparó una masa considerable de pan para luego meterla en el horno. Sabía que se arriesgaba a que si salía mal habría desperdiciado mucho material, pero no pensaba que fuera el caso.

Ese día también parecía que iba a ser frío, así que preparó una pequeña lumbre con la leña disponible, la prendió con algunas cerillas y acercó un sillón para estar caliente en lo que se preparaba el pan.

Cuando se quiso dar cuenta ya habían llegado todos sus compañeros. Sacó el pan del horno y lo puso a enfriar un poco sobre una tabla de madera.

—Tenemos pan para rato —dijo—. Yo creo que sería una buena idea desayunar pan con aceite.

Los otros le tomaron el consejo, le agradecieron el esfuerzo y desayunaron junto al fuego.

—¿Cuál es el plan para hoy, Toni? —preguntó Javi.

—Vosotros tres al laboratorio y Martina y yo mantenimiento. Creo que podemos tomar esto como esquema general hasta que haya algún avance importante.

Llegada la hora de la cena, los ánimos parecían más calmados. Aun así nadie parecía querer hablar de los progresos en el laboratorio, así que hablaron de temas más mundanos.

Martina y Toni subieron a su planta. Ella le sugirió que pasaran un rato en su habitación, pero él le contestó que mejor se pusiera un pijama y fueran a la suya.

Ella entró pasados unos minutos con un pijama puesto y él la estaba esperando de la misma guisa.

—No se lo cuentes a nadie —le dijo Toni, sonriendo—, y llenó dos jarras de hidromiel de la barrica y se dirigió a la cama con ella.

—¿Esto es alcohol?

—Sí señora. Del bueno, además. Es hidromiel, debe de tener unos 7 grados, y estoy seguro de que es el único alcohol de beber que hay en el edificio. Que no se entere nadie, ¿me puedo fiar de ti?

—Sí, claro... Toni... Creo que no has estado muy atento, pero hay un motivo por el que quería estar contigo esta noche.

—Imagino, pero siento decirte que no va a poder ser... Soy gay —dijo al tiempo que le pegaba un trago a la bebida.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Entonces...?

—No, no hay nada que hacer.

—¡Joder! —Golpeó la cama con el puño.

—Por favor, tranquilízate, eso sólo significa que no vamos a tener nada romántico. Ni sexual, por descontado. Pero no que no podamos tener confianza... Algo más íntimo.

Ella dejó su jarra en el suelo y salió por la puerta.

El día siguiente no trajo nada especialmente nuevo, sólo que la relación entre Martina y Toni se había enrarecido. Aun así cada uno de ellos daba lo mejor de sí para que los demás no se percatasen.

Llegada la noche, fue Toni quien fue a buscar a Martina a su habitación. Ella tenía la puerta entreabierta, con lo que él se limitaba a hablarla desde fuera.

Al fin ella salió, medio sollozando. Él la abrazó y la invitó a pasar nuevamente a su habitación. Ella aceptó.

Toni le dejó bien claro que no había ninguna obligación de beber para nadie. Ella sonrió y llenó su jarra; él le devolvió la sonrisa: les iba a gustar aquella dinámica.

Capítulo 4: Escollos

Por fin llegó el día; había pasado una semana. Los investigadores invitaron tanto a Toni como a Martina a bajar al laboratorio.

Cuando los cinco estaban frente a las pantallas del ordenador, Javi tomó la palabra:

—Bien —empezó. Como ya sabréis, este sistema cuenta con todo el conocimiento académico que podríamos desear. Pero eso no es lo más interesante. Lo más interesante es, con diferencia, estos dos programas, llamados “Proyecto I – Edén” y “Proyecto II – OIL-ER”, respectivamente. Hemos seguido tus indicaciones y hemos preparado una explicación siguiendo un registro y evitando los detalles técnicos que, por cierto, son abrumadores, en aras de hacerlo más comprensible.

»Como cabría esperar, el primer proyecto es anterior en tiempo al segundo. Consiste en el diseño de un organismo genéticamente nuevo, diseñado para neutralizar los residuos plásticos. Al parecer se trata de un trabajo en equipo, entre cuatro personas, tres de las cuales se refieren a sí mismas con iniciales (P. D. y F.) y la cuarta, un tal Ángel. Por lo que parece el proyecto se canceló por ser antiético y potencialmente peligroso.

»¿Sí? —Martina había levantado la mano.

—¿Se llegó a conseguir dicho organismo?

—Lo tienes ahí mismo —respondió señalando una probeta. Lleva ahí desde el principio.

—Bien. En cuanto al segundo proyecto, se trata de algo mucho más delicado. Al parecer el tal Ángel pegó la espantada y se puso a trabajar en solitario en algo más peliagudo: otra bacteria de diseño, sólo que esta vez pensada para alimentarse del propio petróleo como diana, con lo cual Ángel pensaba que se atajaría el problema de raíz. Por supuesto estamos hablando de cambio climático, destrucción de ecosistemas, contaminación de los océanos...

—¿No me dirás que ése también está aquí? —Preguntó Toni.

—Eso es lo mejor de todo. No, no está. Al menos físicamente. Me explico: Ángel lo tenía todo teorizado: planos, cálculos, modelos. Todo. No hay nada que haga pensar que no fuera a funcionar, pero por lo que sea no llegó a materializarlo.

»Y por eso estamos aquí. Nos han dado un manual de campeonato, y ahora debemos tomar una decisión.

—Vale, pero hay algo que sigue sin cuadrarme —respondió Toni—. Si Ángel lo tenía todo teorizado, ¿qué le impidió materializar su proyecto?

—Esperábamos que tú pudieses ayudarnos en ese punto —dijo Raquel.

—No sé, quizás le apartaron por la fuerza de algún modo, puede que seamos su plan B, su as en la manga.

»Todo esto tiene un punto curioso. Esto me recuerda muchísimo a las yincanas que solíamos hacer en el Juan de la Cierva.

—Hacías yincanas en tu instituto. Tus profesores debían de ser súper majos —rio Martina.

—En realidad era algo así como mi segundo instituto, un programa para superdotados de la Comunidad de Madrid.

—¡Qué casualidad! Yo iba a uno similar en Sevilla.

—De casualidad nada —siguió Raquel— en la Comunidad Valenciana yo iba a uno igual.

De pronto todos se miraron con cara de preocupación.

—¿Entonces qué? ¿Lo ponemos en práctica o no? —preguntó Javi.

—Yo diría que sí, puede que sea nuestra única alternativa. Eso sí, aquí el plazo sí que lo ponéis vosotros.

—Tres semanas.

Los días siguientes pasaron rápido. Se había llegado a un clima de convivencia y de rutina, Martina y Toni seguían profundizando en su relación noche tras noche y los investigadores se pasaban casi todo el día en el laboratorio.

Cuando faltaban tres días para que cumplierse el plazo que ellos mismo se habían impuesto, a Toni le despertaron unos gritos que salían de la planta baja.

—¿Es que no te das cuenta de lo que esto significa? —Era la voz de Raquel.

—No, ni yo ni nadie, porque si no te has dado cuenta...

—¿Queréis bajar la voz? —les interrumpió Alejandro, no nos interesa que nos oigan.

Claro que no sabían que Toni ya estaba escuchando a hurtadillas.

—A ver, Raquel —siguió Javi—, esto es totalmente nuevo. Lo hemos conseguido y eso es lo importante.

—No Javi, eso no es lo importante, ¿es que acaso has calibrado las consecuencias? ¿Es que se puede hacer eso siquiera?

—Vale, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—No sé, ¿qué tal, guerras, colapso económico mundial...?

—Vale, ¿y si no? ¿Cuánto te crees que le queda a este puñetero planeta? Estamos rozando el punto de no retorno, por Dios, no hace falta ser astrofísico para verlo.

—Chicos —volvió a interrumpirles Alejandro— es tarde y estamos cansados. Sugiero que se haga un debate extenso sobre el tema cuando estemos todos. Por lo pronto yo me voy a dormir.

Cada uno entró en su habitación.

Toni esperó con paciencia infinita a que pasara al menos una hora, y después entró en el laboratorio con sigilo.

Encontró lo que esperaba. En la primera mesa, había una gradilla con varios tubos de ensayo que contenían lo que parecía ser petróleo, cogió uno que parecía estar a medio digerir y se lo metió en el bolsillo. Volvió a su cuarto.

Capítulo 5: El gran debate

A la mañana siguiente, en el desayuno, Javi tomó la palabra para anunciar que habían conseguido su objetivo, y que deseaban plantear un debate sobre qué era la mejor idea que hacer con él.

—Cuál es tu posición —le preguntó Javi a Toni.

—De momento sólo deseo moderar el debate.

La posición de las partes estaba clara: Javi estaba convencido de que liberar a OIL-ER en el medio era la única forma de salvar el planeta, Alejandro pensaba, al igual que Martina, que no veían forma humana de tomar una decisión tan drástica y de consecuencias tan imprevisibles. Raquel directamente pensaba que podían estar hablando de cualquier cosa desde terrorismo medioambiental hasta un arma de algún gobierno contra países en vías de desarrollo pero con grandes reservas petrolíferas.

Toni tan sólo se limitaba a intervenir cuando los ánimos se caldeaban más de la cuenta.

—Está bien —dijo—. Creo que por hoy ya es suficiente.

—¿A qué te refieres, si...? —dijo Martina.

—Sé muy bien que aún es pronto. Aun así, propongo que cada uno medite en su habitación —contestó poniendo énfasis en el pronombre— sobre lo aquí hablado y no volver a reunirnos hasta mañana.

Como no podría ser de otro modo, Toni pasó el resto de la tarde bebiendo mucha hidromiel y dando vueltas sin moverse de la cama, hasta que se durmió algo entrada la noche...

Capítulo 6: Decisión unilateral.

Volvieron a juntarse a la mesa del desayuno, con aceite y pan del día anterior. Empezaron a comer con ganas y al poco rato Toni rompió el silencio.

—Está bien. He tenido una idea. No sé si será buena pero vamos a averiguarlo pronto.

»En su día propuse que todo lo que pasa en este edificio forma parte de una especie de yincana, que nada es casual. Pues bien, quiero que meditemos sobre quién puede ser ese tal “Ángel”. Por lo que sabemos podríamos estar hablando de cualquier persona o personas usando un pseudónimo. Quiero que hagáis memoria, ¿habéis tenido algún tipo de profesor llamado Ángel, especialmente en los centros para superdotados?

Todos negaron con la cabeza.

—Esperad —dijo de pronto Martina. Quizá no estemos hablando de Ángel como nombre propio, sino de un ángel.

—Eso va desde el querubín Lucifer hasta el arcángel que le mandó al abismo —contestó Alejandro.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Toni.

—Miguel.

—No será un mexicano de mediana edad con bigote y entradito en carnes, ¿verdad? —preguntó Raquel.

Acto seguido todos excepto Toni soltaron una risotada. Para luego quedarse paralizados ante lo que acababa de suceder.

—No puede ser, ¿me estáis tomando el pelo? —dijo Martina, más asustada que otra cosa.

—No. Perdamos. Los nervios —sentenció Toni—. Aquí nadie se está volviendo loco, ¿estamos? Podríamos estar ante un simple truco de salón. Yo iba dos sábados al mes, al menos, y no le veía siempre. Quizás eran gemelos o trillizos, o a lo mejor actores caracterizados, o a lo mejor el hombre tenía la puñetera tarjeta dorada de la Renfe, pero mantengamos la calma.

—Vale, Toni —siguió Javi—. ¿Entonces esto qué es? ¿Un proyecto secreto del gobierno? ¿De una organización en la sombra? ¿Cómo sabemos que no nos han utilizado?

—Ah, eso. Podéis estar seguros de qué sí. Yo sí, al menos.

—¿Qué leches estás diciendo, Toni? —Martina seguía asustada.

—Fue anoche. Un dron estaba revoloteando por mi ventana. Me hizo señales con un láser rojo bastante potente y luego se posó junto al pozo.

—Nos estás vacilando —dijo Alejandro.

—No —contestó Martina—. Yo también vi esa luz.

Hubo un momento de silencio tras el que Toni recobró la palabra.

—El caso, es que dejé un tubo de ensayo que había robado del laboratorio la noche de antes donde se había posado el dron. Y esta mañana ya no estaba. Se acabó.

—Eres un desgraciado —dijo Martina, casi llorando.

—No podía arriesgarme, tenía que saber que ya sería tarde, que el daño ya estaría hecho.

El sonido de una hélice cortó el silencio.

—¿Eso es...? —dijo Raquel.

—El dron —contestó Toni.

—¿Y eso que lleva es...?

—Una granada de gas.

II Parte

Capítulo 7: Traslación

—Así que lo del suicidio ya no es tan buena idea, ¿eh, campeón?

—¿Dónde...?

—Estás en la enfermería, Antonio, y yo soy tu médico.

»Tengo hambre y pocas ganas de trabajar, así que vamos al grano, si te parece.

Toni asintió.

»Te quedan... Ocho meses de condena. No parece que sea para tanto, pero aun así deja lugar a dudas. No sabemos qué puñetas te has metido, sea lo que sea no es habitual y por tanto no aparece en los análisis. Tampoco me voy a complicar mucho la vida, así que dime, ¿intentabas quitarte de en medio o sólo colocarte?

—No recuerdo haber hecho ninguna de las dos cosas. ¿Qué día es?

—Has estado un mesecillo en coma. Pero dime, ¿suicidio o drogas?

—Ni lo uno ni lo otro. No piense mal de mí, pudieron drogarme sin que me diera cuenta... Para intentar violarme. O envenenarme para matarme por vaya usted a saber qué. ¿No me cree?

—Volveré mañana —dijo el médico tras tomar algunas notas.

Al poco tiempo una enfermera vino a cambiarle el goteo de suero. Se desabrochó el botón de arriba de su polo rosa. Rosa, era el color más bonito que podía existir, pensó. No le hacía falta más.